

20 – Tantas Cosas han Quedado sin Terminar, como las Hojas en el Suelo

-Han pasado cuatros horas. Hemos rescatado a los que hemos podido. No podemos hacer más, Juan.

La sala segura de Destino se sentía mucho más fría de lo normal. Como era la costumbre desde hace un tiempo, Aurelio y el Terrible hablaban cada uno desde su mesa en la sala. Aquella vez, rompiendo la tradición, había sido Aurelio el que había pedido la privacidad que daba aquel lugar.

-¿A cuántos hemos rescatado? -preguntó el Terrible-.

-Tenemos a Eva y a Doncella en el hospital, se recuperarán. Hemos perdido a la unidad 6 entera y seguimos sin dar con Arancel ni Umbra.

-Habrá que hablar con las familias. Yo me encargaré de hablar con su esposa. Es mi error.

-Nadie podía preveer ello.

-No, es mi fallo. Yo pude preverlo. Es mi trabajo.

-MARIA no nos avisó de algo así. Ni siquiera el protocolo más reservado nos hubiese preparado para algo así.

-Después de los relámpagos has sido incapaz de reactivar el MARIA, ¿Verdad?

-Sí, así es. Es posible que haya algo dañado.

-No se ha dañado nunca, no lo va a hacer ahora. ¿Comprobaste el MARIA justo antes de los relámpagos?

-Estaba loca. Sólo tú supiste interpretar aquello como la llegada de un serafín. Y no quiero dudar de tu palabra, pero...

-Lo había. ¿Oíste a Ares? Él también lo sintió al final.

-¿Entonces tenemos que declarar culpable ya a Aurora?

-No comeré el mismo error de prejuzgar dos veces. Esto es lo que haremos: Primero, coge la memoria USB de tu mesa, contiene material de la Oficina Nacional de Seguridad, muy sensible. La había guardado hasta ahora, pero ya me da igual que descubran que la tengo. Quiero que veas el vídeo que contiene.

-Comprendo. Lo guardaré con cautela.

-Segundo, hace un tiempo contraté a un técnico en sistemas de almacenamiento de información bajo utilizando como tapadera una asociación de astrónomos. Quería que analizase el cielo de Zaragoza.

-¿El cielo? ¿Sabes lo arriesgado que es eso? ¿Y si descubre a MARIA?

-Sí sé lo arriesgado que es, pero sospecho que no somos los únicos que estamos ocupando ese espacio. Los relámpagos no fueron un fenómeno únicamente natural. Su nombre es Mario Vega. Es conocido de Gabriel Aquitán, quiero contratarlo también de forma oficial para que analice este caso.

-¿Es de confianza?

-Las certezas han abandonado el mundo de la razón humana. Pero si Naic no ha descubierto ya que el cielo es utilizado por MARIA como fuente auxiliar de memoria, no lo hará por un hombre más que metamos en todo esto. Por ahora límitate a poner en marcha de nuevo el MARIA y asegúrate de que no fue el causante de los relámpagos en la cárcel.

-Así lo haré. Hay algo más de lo que tenemos que hablar antes de que me vaya, el motivo por el cual te he pedido reunirnos aquí.

-Habla rápido.

-Es sobre ti. Tu informe médico nos ha llegado. Lo has visto, ¿No?

-Sí, pero ese es un tema que no es de tu dominio.

-Sí que lo es, es del dominio de todos. Es tu salud, y la de todo Destino la que se pone en juego. Aquel virus que recibimos no fue sólo un ataque al MARIA, se encontraron restos en ti. Fueron también a por ti, Juan. Vuelves a estar en riesgo.

-No, yo no estoy en peligro. No lo estoy más que las personas que corren el riesgo de que mañana pongan otra bomba, de los prisioneros que sabemos que a veces los sectarios toman y de cualquiera

de nuestros agentes. Ahora tendremos que reclutar más.

-Pero Juan... Tú, físicamente, estabas perfecto. Te inmunizaste al virus... Aquella vez. No despertabas, porque no querías despertar.

-¿Esperas algún juicio por mi parte de esa afirmación?

-Estás cansado, Juan, los años te pasan factura mucho más que todos los demás. No hemos vuelto a hablar de tus visiones, o de por qué sentiste al serafín en el centro de operaciones cuando nadie más entendía lo que sucedía. Es cierto, el MARIA no habla de ti, pero tenemos que barajar la posibilidad de que el Firewall 666.66 haya terminado contaminando tu mente.

-¡Cállate! -el grito del Terrible fue atronador-. ¿Mi salud? ¡¿Cuántos agentes han muerto hoy?! ¿Cuántas esposas y maridos hemos dejado viudos hoy? Le prometí a Arancel que lo que pasó con su unidad original no volvería a pasar. Él estaba decidido a seguir luchando, era yo el que me sentía contrariado. Era tan parecido a mi... Era la oportunidad de evitar que otro hombre pasase por las desgracias que he pasado yo. Era el mejor, así que le di un nuevo nombre en clave y lo oculté, conseguí que el MARIA dejase de hablar de él, alejarlo del Firewall 666.66... Hasta hoy. Y no sólo a él... Hoy he fallado a mi propia familia. El silencio del MARIA ya no es ninguna garantía de vida. Sabes por qué dejó de hablar de mi, ¿Verdad? Sabes desde cuando, pero no sabes el por qué. ¿No te lo ha dicho? Porque Juan del Temple está muerto. Y de los muertos no se habla. ¡Estoy muerto a sus ojos! ¡Muerto! Como lo están todos nuestros agentes... A excepción del último Serafín.

-Lo siento, yo no quería cuestionarte, Juan. No seas así contigo mismo. Tenemos el día de mañana para seguir luchando.

-Te voy a prometer algo que sé que puedo cumplir: Antes veré esta ciudad hundida en sus cenizas, inundada o completamente en llamas, que dejar que nos derroten. No habrá un Nuevo Edén en Zaragoza. Al menos no el suyo.

Aurelio se marchó de la sala sin contestar a aquella especie de lamento de una mente envuelta en tragedia y locura. Conocía perfectamente aquellos síntomas de locura que él mismo había vivido hasta hacía muy pocos días. Por algún motivo, desde el momento en el que los tres relámpagos impactaron sobre la cárcel, se había sentido mucho más seguro y centrado. Y no es que se hubiese vuelto menos paranoico acerca del Firewall 666.66, lo seguía viendo en todas partes, pero por algún extraño motivo estaba convencido de que él sería capaz de derrotarlo. Habían vuelto las obras a Destino. Él no las había encargado, pero Borja le había mandado un informe positivo de los perfiles de los operarios que ahí trabajaban. Había encontrado varias personas que podrían llegar a apoyar al Nuevo Edén en caso de conflicto abierto, pero la falta de trabajo en aquella zona podía mucho más que cualquier iniciativa. Los estómagos vacíos podían ser una buena noticia para Destino mientras mantuviesen el caudal del dinero.

Eva se despertó en una habitación del hospital de Destino. La luz parecía ser del atardecer. No sabía muy bien cómo había llegado hasta ahí. Le reconfortó ver a Gabriel sentado al lado suyo, debía llevar ya un buen rato sin hacer nada. Aquella escena le recordó a la primera vez que tuvo una visión. Poco había podido deducir de aquella desde entonces, más allá de que reconoció a su atacante como a uno de los Serafines del Nuevo Edén. Había conseguido olvidar lo que sintió en aquel momento en el que una espada atravesó su pecho, pero justo en el momento en el que vio como los rayos caían, lo recordó con toda la intensidad con la que se podía recordar cualquier cosa. Aquella primera vez, además, la esperaban Aurelio y Borja. Recordaba lo frías que fueron sus miradas. No descartaba que aquella actitud no hubiese sido tal y que aquello hubiese sido más bien fruto de su percepción que de la realidad misma, pero no por ello se dejó de alegrar en aquel momento de haber puesto a aquella mujer en su sitio. Era cierto que ambas estaban en la misma causa, pero eso no implicaba que pudiese odiarla.

-¿Estás despierta? -preguntó Gabriel-

-Sí, creo que sí -respondió ella-. ¿Cómo he llegado aquí?

-Te recogimos de los escombros, ¿Lo recuerdas?

-Sí, más o menos. ¿Cómo están todos?

-Doncella está en la habitación de al lado. La unidad 6 está desaparecida en combate, y tampoco se ha encontrado el cuerpo ni restos de Umbra. Arancel es muerte confirmada.

-Es mi culpa, yo era la jefa de unidad.

-No, nada de esto es culpa tuya. Nadie puede preveer un tridente de rayos sobre su cabeza. Ahora debes descansar hasta que te recuperes completamente, lo que cual será en un par de días.

-Podrías haberme mentido, podrías haberme dicho que estaban bien. Hubiesen podido vivir unos pocos días más en mi mente.

-No hubiese sido real, no hubiese sido la verdad. Sabes como soy. Isidora ha llamado, quiere saber como estás. Le he dicho que te recuperarás, y que irás a casa otra vez. Jorge también ha preguntado por ti.

-Es un chico bien majo, ¿Verdad? No se merece lo ocurrido.

-Nadie se lo merece, pero así es como se mueve este mundo.

-Algún día será diferente.

-Por supuesto que algún día el mundo será diferente. El cambio es una constante metafísica de nuestro universo, no podemos luchar contra ello. Sólo podemos, ante el cambio, elegir aquello que merezca la pena conservar -mientras lo dijo le dio un beso en la frente-. Y yo ya he elegido.

-Jorge -dijo Sara que estaba sentada en la mesa de su habitación-. Este cronómetro que habías puesto en la mesa se ha puesto a 0.

-¿Hace cuanto rato? -respondió él mientras leía un libro digital en la cama baja de la litera-.

-No lo sé. Esta mañana no lo he comprobado, pero ayer los números estaban en negro.

-¿Por qué dices eso?

-Porque el 0.0 lo pone ahora en rojo. Supongo que lo hará para llamar la atención.

-Es posible. ¿No hay posibilidad de que sea un error?

-No. ¿Para qué lo habías puesto?

-No estoy seguro, pero sé que debo llamar a alguien. Es lo último que me dijo Uriel que tenía que hacer. Creo que se lo debo.

-Has estado aquí encerrado durante meses, no le debes nada a nadie.

-Si no fuese por él, probablemente estaría muerto. Dame el móvil que me dio, tengo que concertar una cita.

-¿Piensas salir de aquí?

-Es muss sein -respondió él burlesco-.

El despacho de John Naic seguía teniendo una luz encendida a pesar de ser una alta hora de la noche. John prefería trabajar en esas horas, cuando nadie podía molestarle, y no sentía que sus movimientos eran observados por nadie que él no controlase. Aquello, por supuesto, le había traído problemas en el pasado a la hora de tener reuniones con otros dirigentes importantes, además de los problemas de salud derivados de tener un horario demasiado cambiante y adaptado no a las necesidades de su cuerpo, sino del político incansable que llevaba dentro.

Las cosas se estaban desmadrando, lo notaba en su instinto. Tenía informes preocupantes de las oficinas de seguridad públicas, que le advertían de un sospechoso aumento de la población en Zaragoza. Aquello hubiese sido una buena noticia si no tuviese bastante claro que muchos de los que viajaban a la ciudad lo hacían bajo el mandato, directo o indirecto, del Rey Carmesí. No podía hacer nada contra aquello, los asuntos de fe eran difícil de tratar para un gobierno, incluso para el suyo. Destino París y Destino Berlín habían sido eficaces como cuerpos de seguridad adicionales, pero no suponían para la sociedad el mismo guardián que era Juan el Terrible. El Rey Carmesí tenía mucho más poder sobre la psique humana que la que él podría llegar a tener con todo el aparato de financiación y medios para realizar ingeniería social que necesitaba. Necesitaba a su contrapartida, a la otra cara de la moneda, a Juan el Terrible.

¿Qué planes podría tener un hombre como aquel? Parecía un fantasma, una persona compuesta únicamente por la cara que mostraba al mundo. Plana, vacía, falta de muchas de las dimensiones psicológicas que tiene una persona, pero que aún así debía ocultar algo, algo tremendamente importante para él a nivel personal. No podría utilizarle fácilmente, tratar de tener una marioneta que le ocultase información a su maestro era imposible. Hasta que lo descubriese, tendría que preocuparse por cosas más urgentes como la desaparición de Utopía, o las migraciones masivas. Algo estaba en el aire, podía sentirlo.

Gabriel se había acomodado a ir en coche. Se necesitaba muy poco tiempo para acostumbrarse a semejantes comodidades, pero volver a caminar se le hacía pesado, y mucho más si era hacia su piso y no hacia el de Liliana. No le hubiese importado quedarse la noche en Destino si sus condiciones físicas hubiesen sido mejores, pero no se terminaba de encontrar. Al fin y al cabo, era lógico, había vivido una gran cantidad de imágenes traumáticas en muy poco tiempo, y que apenas había podido asimilar. Ni siquiera Eva, que era una agente con bastante recorrido, lo hacía, él lo notaba en sus ojos. Aunque su respuesta ante ello sí que era distinta. Mientras ella, como el resto de los miembros de Destino, se refugiaba cada vez más en el trabajo, Gabriel trataba de salir de él. Quizá a esa faceta se refería Marcos cuando le dijo que le prefería fuera de Destino, que prefería saber que tenía aliados, compañeros, fuera de Destino. Él, aunque ya llevaba un tiempo, era distinto a ellos. No era su culpa, sabían a quien contrataban, el mismo Terrible conocía el seguramente detallado informe que poseían sobre él, y él tampoco había ocultado nunca sus formas de ser.

Oyó un ruido de coche por la carretera, no era un ruido de un coche comercial, era uno de aquellos taxis automáticos que se habían instalado hace poco. Se conducían solos, sin necesidad de conductor, y habían conseguido ser lo suficientemente baratos como para poder ser utilizados por la clase media de Europa. Claro que no por ello ver alguno era menos chocante. El taxi se paró justo al lado suyo, era Mario.

-¿Qué haces aquí? -preguntó Gabriel mientras se fijó en que había una chica joven en el asiento contiguo al de Mario-

-Tengo unos asuntos pendientes con los que me contrataron.

-Es verdad. ¿Les vas a decir que en realidad no tienes ni idea de como arreglarlo?

-Todavía no puedo, pero tengo algunas ideas. Tú fuiste el que sugirió que utilizaban la máquina orgánica para codificar sus datos, ¿No?

-Más o menos. Sospechaba que usaban algo, pero no sé el qué.

-Bien. Mañana tú y yo tendremos mucho de lo que hablar, te lo garantizo.

Después de aquella breve conversación, Gabriel siguió su camino. Conocía de muchos años a Mario, y siempre le había parecido un hombre lleno de secretos. Secretos pequeños, algunos de los cuales no tan secretos, y otros muchos irrelevantes; pero secretos, al fin y al cabo. Suponía que Mario disfrutaba siendo así, pero era difícil comprenderlo. Lo único que sabía sobre él es que su amistad era sincera.

Le quedaba poco camino, por lo que siguió caminando.

Aurelio comprobó varias veces que estaba sólo y que nadie le observaba antes de poner el USB en su ordenador. Aquello era extraño, los servidores internos de Destino eran de alta capacidad. No tenía sentido mandar un archivo por un USB... A menos que lo que fuese que contuviese ese USB fuese algo que no debía estar dentro de los servidores. No fue capaz de relajar las manos y dejarlas apoyadas en su silla de ruedas, sino que las mantuvo en tensión. Preparado para cerrar, o apagar su ordenador si era necesario. Sólo había un vídeo en la memoria. Lo reprodujo.

Veía a Lucilda junto a Laila Caraggio en una sala de interrogatorios. No ponía ningún tipo de fecha,

aquel detalle parecía haber sido decididamente borrado. En seguida se dio cuenta de la naturaleza del interrogatorio, de lo que estaba viendo. Aquello era un tortura.

...

-Tú... Tú eres como él -dijo Laila-.

-¿Qué le ocurre? -dijo una voz que parecía ser de un hombre que no salía en la imagen-.

-Es una especie de trance -dijo Lucilda-, creo.

-Tú... Tú... Eres como él.

-¿Quién es él? -preguntó el hombre-.

-Tú... -articuló Laila que parecía incapaz de decir otra cosa-. Tú...

-Es inútil -dijo Lucilda-. Hemos ido demasiado lejos.

-Eres terrible... Eres terrible... -balbuceó Caraggio antes de caer inconsciente-.

-¿Cómo interpretamos eso? -preguntó Lucilda-.

-Cómo lo obvio -respondió el hombre-.

Juan el Terrible entró por la puerta del despacho, cerrando la puerta tras de sí. Aurelio estaba concentrado en el vídeo, y al ver que él que entraba era Juan, no se molestó en cerrarlo. La cara de Juan estaba especialmente seria. Juan lo miró como si la pregunta que tuviese en su mente ya hubiese sido formulada.

-Sí, he terminado con la grabación.

-Perfecto -respondió Juan, que se acercó al ordenador, cogió la memoria USB y la rompió en dos partes-.

-¿Cómo pudiste ocultarme esto? ¿Cómo puedes siquiera mirarla tú a ella a los ojos?

-Lo lamento, pero el mejor actor es aquel que no sabe que está actuando. Mientras tú confiases en ella, ella haría lo recíproco. Pensaba que a base de tiempo, acabaría siendo más próxima a nosotros que a la administración estatal, a la administración Naic.

-¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

-Tú has perdido la confianza en ella. Desde hace bastante, pero aún mantenía cierta esperanza de que las tendencias se corrigieran.

-Umbra está muerta o es miembro del Nuevo Edén. ¿Acaso crees que tengo ahora sustituto para Lucilda?

-No tenemos margen para el error. La mujer que ves en el vídeo es la misma mujer que tenemos merodeando por nuestros pasillos o vigilando quien entra y quien sale. Vigilándote a ti. Es una persona muy capaz, ambos lo sabemos, pero lo que no sabemos es lo que ha podido estar haciendo todo este tiempo a la sombra de nosotros.

-¿Por qué dices todo esto ahora?

-Porque hemos perdido cinco agentes, y el último Serafín ha habitado en este edificio. En el mejor de los casos, ella es responsable, y en el peor, cómplice. Ven conmigo, el jefe de seguridad tiene que decirnos algo.

El Terrible cogió a Aurelio por los agarres de su silla de ruedas y este se dejó llevar. No tenía fuerzas para replicar ninguno de sus argumentos, y su mente todavía estaba demasiado centrada en el vídeo que acababa de ver. Para rematar todo aquel asunto, Laila Caraggio conocía el pasado de Juan. Aquel era un tema muy espinoso, al que nadie le gustaba sacar. Ni siquiera en aquel momento de tensión se había atrevido a mencionarlo. Juan era un hombre que la mayor parte del tiempo parecía ser impasible a todo lo que le pasaba, pero últimamente aquel comportamiento había cambiado, y Marcos Aurelio no quería sacar nada de lo que estaba escondido debajo de la alfombra, siempre y cuando pudiera meterlo más adentro.

Llegaron a la sala segura. Últimamente pasaba una cantidad de tiempo insultantemente alta en aquel

lugar. Había aprendido a quejarse por ello para sí mismo; decirle a Juan que le apetecía cambiar de sala o de lugar de reuniones era como pedirle a una rana que empezase a hablar.

-Habla rápido -dijo Juan al hombre que se encontraba en una de las mesas-, no tenemos mucho tiempo.

-Desde hace 17 horas, la seguridad de los servidores ha sido comprometida.

-Ha sido reventada -le corrigió el Terrible-.

-¿Qué? ¿Cómo ha podido suceder algo así? -respondió Aurelio-. ¡Era tu trabajo!

-No -respondió el Terrible-. No le contratamos para vencer a eso.

-Lamento lo que ha pasado, pero no hemos podido hacer nada. Todas nuestras claves han sido reventadas con fuerza bruta, y además, el ataque ha sido desde dentro, ha sido MARIA. He hablado con los técnicos antes de venir aquí, han confirmado tal comportamiento, pero no han encontrado ninguna rutina de trabajo que les llevase a un comportamiento erróneo.

-¿Insinúas que ha sido intervenida, o que el sistema se ha vuelto loco?

-Tiramos abajo todo el servidor y hemos cambiado hasta la última puerta de acceso virtual que no se consideraba segura. En el proceso, hemos descubierto algo más preocupante. Alguien estuvo usando los servidores internos para mandar unos mensajes de contenido cifrado. Todos ellos dirigidos a la agente de intervención Umbra. El origen es desconocido.

-¿Cómo de desconocido? ¿No tenemos ninguna pista? ¿Habéis conseguido reventar la clave?

-No conseguiremos romper la clave a tiempo. Respecto al origen, es humano -dijo el Terrible-. Y no es uno de ellos. Es alguien de los nuestros.

-¿Cómo? No entiendo nada -respondió Aurelio-.

-No puedo responder a ninguna pregunta más -finalizó el ingeniero-. Es todo lo que sé.

-Es más que suficiente -concluyó el Terrible y le indicó con un dedo al ingeniero que se marchara-.

En cuanto este se fue, retomaron la conversación.

-Aquel que mandó los mensajes, trabajaba para Naic. Estoy convencido -dijo el Terrible- de ello.

-Entonces crees que MARIA...

-Sí, ha tratado de avisarnos.

-Si nos avisa es por algo. Tenemos que estar alerta.

-No podemos con Naic y con El Nuevo Edén a la vez. O el uno o el otro. Sea cual sea nuestro movimiento tenemos que darnos prisa. Cuando las cartas se pongan sobre la mesa nosotros tenemos que tener hecha ya nuestra jugada.

-La tienes ya pensada ¿Verdad? Sigues con el plan de Eva en la cabeza.

-Por supuesto. Pero esa no es nuestra única arma secreta. Ahora bien, si sigue llegando gente a Zaragoza involucrada en nuestros asuntos, no podremos depender tanto del MARIA, quiero que te encargues de eso.

-Te garantizo que es fiable.

-No lo sabemos con certeza. Últimamente no hemos hecho más que obras y más obras gracias a él y cada vez comprendemos menos el funcionamiento del sistema. Pero tranquilo, tenemos una última arma.

-Sí, este es el lugar -dijo fríamente Sariel-. No me gusta tener que volver, me trae muy malos recuerdos.

-¿Qué esto? Sólo parece un trozo de campo abandonado -dijo Gabriel-.

-Tienes razón, es sólo un trozo de campo abandonado, pero abandonado por alguien, y con un motivo muy específico.

Uriel estaba detrás de los dos y se limitaba a mirar aquel lugar. No parecía haber nada de especial en aquel campo. Tenía muestras de podredumbre en el suelo, con lo que no era útil para plantar nada en él, y no había más que hierba el sol le molestaba en la cara, pero ni Sariel ni Gabriel

tenían el humor para aguantar sus quejas. Los tres hombres avanzaron hasta llegar a lo que parecía haber sido antes un claro de un bosque. Había una tumba y un hombre de espaldas a Gabriel, que la estaba mirando. Había flores frescas en la tumba, parecía que él hombre las acababa de traer. Gabriel no lo reconocía por su figura.

-¿Por qué estás aquí? -preguntó Sariel al desconocido-.

-Porque hecho de menos a un amigo. Para llorar las vidas de aquellos que no volverán.

-Lo conozco -dijo Uriel en voz baja-. Él es el que falta, es el Redentor.

-¿Dónde estamos? -le preguntó Gabriel-.

-En la tumba de Juan del Temple -respondió Uriel-.

-¿Qué? ¡Juan del Temple sigue vivo!

-No como antes. Ahora existe Juan el Terrible, pero los sueños, la familia. Todo lo que hacía bueno a ese hombre murió con su mujer y su hija. No sé muy bien que puso ahí la lápida, pero en aquel momento pudo haber sido cualquiera.

-Así es -respondió el hombre-. Por eso estoy aquí. Tengo que tomar su lugar, ¿Verdad? Lo que él empezó. Siempre lo he sabido, pero nunca he sabido por qué.

-¿Cómo sabías que tenías que venir aquí? -preguntó Uriel, dudando sobre la potencialidad de aquel hombre de convertirse en otro oráculo-.

-No lo sabía -respondió él-. Sólo venía aquí, cada semana. Esta tumba representa todas las esperanzas de esta ciudad, no quería que quedase en el olvido.

-¿Cómo te llamas? -preguntó Gabriel-. ¿De dónde vienes?

-Mi nombre -El hombre se giró y le miró a la cara- es Rafael, Rafael de León.

Liliana despertó de repente, el corazón le latía todo lo rápido que podía. La cabeza le daba vueltas, pero no tenía más tiempo para descansar. Rafael, el doctor y Uriel... Todos habían tenido el mismo final. Sólo quedaba uno, y ya sabía cual era.

Se dirigió al vestuario de la unidad 7 usando todas las fuerzas que tenía.